



Observatorio de Bienes Comunes: Agua y Tierra

LA UNIVERSIDAD QUE NO SE ATREVE

(O EL PLACER DE VOLVER A PENSAR LA
EDUCACIÓN PÚBLICA)

Documento de Trabajo 18
abril 2026



Contenido

Ese viejo que fue presidente y también estuvo preso	3
Cuando defender lo público se volvió una oración fúnebre	7
Formar o entrenar: esa falsa disyuntiva	11
El miedo académico: por qué la universidad no se anima a cambiar	15
Epidemias de inconformismo	19
Tener tiempo para pensar no es un lujo, es urgencia	23
El placer de aprender: esa rareza contemporánea	27
Cambiar sin transformar: el gran engaño	31
La incongruencia universitaria	35
La persona no es un expediente	39
No hay respuestas, solo caminos	43



Ese viejo que fue presidente y también estuvo preso

(De qué nos viene a hablar un exguerrillero que planta flores)

José Mujica no es un académico. Nunca escribió un paper sobre educación. No tiene maestrías ni doctorados. Fue agricultor, ciclista, militante, preso político durante trece años y, después, presidente de Uruguay. Y justamente por eso su voz incomoda en una universidad que muchas veces confunde erudición con pensamiento. Porque Mujica habla desde la experiencia de la derrota, desde el encierro, desde la vida concreta y no desde el recorte teórico. Cuando habla de educación, no piensa en currículas ni en estándares internacionales: piensa en personas con hambre de mundo.

Lo traemos a este documento no para canonizarlo ni para repetirlo como un loro. Lo traemos porque representa una pregunta incómoda: ¿qué sabe de educación alguien que no se graduó de nada? Esa pregunta revela el prejuicio de una universidad que cree que el conocimiento solo se produce adentro de sus muros. Mujica aprendió en la calle, en la cárcel, en la militancia, en el fracaso. Y ese aprendizaje lo llevó a decir cosas que ningún ministro de educación se atrevería a repetir: que estudiar debería ser placentero, que la inteligencia no sirve si no se distribuye, que el inconformismo se contagia como una epidemia.

Pero cuidado: no estamos haciendo apología del “sentido común” ni del “saber popular” como algo automáticamente bueno. La provocación es otra: ¿por qué la universidad pública, que se dice democrática, sigue desconfiando de los saberes que no pasaron por el filtro académico? ¿Por qué un campesino que sabe de ciclos naturales no puede ser profesor? ¿Por qué un preso que leyó filosofía en la biblioteca de la cárcel no tiene lugar en un seminario? Mujica no es un ejemplo para imitar, es un espejo para preguntarnos: ¿a quién excluimos cuando definimos qué es conocimiento válido?

Mujica dice: “Me gusta bañarme en piscinas de inteligencia ajena”. Esa frase es una bomba de tiempo en una universidad que premia la originalidad individual y castiga el plagio como pecado mortal. ¿Qué pasaría si el eje no fuera “ser original” sino “reconocer que todo lo que sabemos lo aprendimos de otros”? La inteligencia ajena no es una amenaza para el prestigio académico, es la condición de posibilidad de cualquier conocimiento. Pero nuestra universidad está organizada para medir aportes personales, no para celebrar dependencias colectivas.

Finalmente, Mujica nos deja una lección incómoda: se puede gobernar un país sin dejar de ser un tipo común, y se puede pensar la educación sin hablar de indicadores de calidad. Eso no significa que los indicadores no importen. Significa que antes de medir habría que preguntarse para qué educamos. Y esa pregunta, en una universidad cada vez más obsesionada con la acreditación y la empleabilidad, suena a herejía. Por eso lo traemos: para que nos ayude a formular preguntas que ya habíamos olvidado.

Para pensar juntas y juntos “El analfabeto culto”

Cada participante escribe una cosa que aprendió AFUERA de la universidad y que considera más valiosa para su vida que cualquier materia cursada. Luego se comparten. Pregunta final: si eso es tan valioso, ¿por qué no tiene créditos? ¿Qué pasaría si la universidad reconociera formalmente esos saberes?

“Lo que digo, no lo digo como hombre sabedor, sino buscando junto con vosotros.”

José Mujica

Cuando defender lo público se volvió una oración fúnebre

(Neoliberalismo, conservadurismo y la tristeza de las marchas)

Hay algo triste en la forma en que defendemos la universidad pública hoy. Marchamos, pegamos carteles, gritamos consignas. Y tenemos razón. Pero hay una melancolía de fondo, como si estuviéramos velando un cuerpo que todavía respira. El neoliberalismo no solo recorta presupuestos: coloniza los imaginarios. Logra que un estudiante mida su éxito por su primer sueldo. Logra que un profesor mida su valor por sus papers. Logra que una carrera se justifique por su “salida laboral”. Ya no hace falta privatizar las universidades: alcanza con que todos pensemos como si ya lo estuvieran.

El conservadurismo que enfrentamos no es solo el de los gobiernos de derecha. Es el de las prácticas cotidianas que se reproducen dentro de las propias facultades “críticas”. ¿Cuántas veces escuchaste “siempre se hizo así” como argumento para no cambiar un programa, un régimen de correlatividades, una forma de evaluación? El conservadurismo no es una ideología que usan los demás: es una zona de confort que habitamos todos. La universidad pública se vuelve conservadora cuando prioriza la reproducción de sus formas por sobre la respuesta a las preguntas de su tiempo.

Mujica dice: “La inteligencia que le rinde a un país es la inteligencia distribuida”. Esa frase es una acusación contra cualquier universidad que se piensa como isla. Porque si la inteligencia solo está adentro, entonces afuera no hay nada que aprender. Y eso es falso. La inteligencia distribuida significa que el conocimiento no es propiedad de los títulos, sino que circula en los talleres, en los campos, en las ollas populares, en las asambleas vecinales. La pregunta es: ¿nuestra universidad sabe recibir esa inteligencia o solo sabe emitir diplomas?

El neoliberalismo nos hizo creer que el tiempo de la política es un lujo que no podemos permitirnos. Por eso las universidades se llenan de cursos de “emprendedurismo” y se vacían de discusión sobre el sentido de lo público. Por eso un estudiante que se toma un año para pensar es visto como un desviado, y uno que hace tres carreras a la vez es visto como un héroe. La velocidad es el nuevo dispositivo de disciplinamiento: corré, producí, entregá, rendí. No te detengas a preguntar para qué.

Pero hay algo más profundo: defender lo público no puede ser solo un gesto defensivo. No puede ser solo “que no nos saquen lo que tenemos”. Porque lo que tenemos, a veces, está podrido. Hay cátedras que no se abrieron a nuevas preguntas en décadas. Hay concursos que reproducen amiguismos. Hay currículas que forman para un mundo que ya no existe. Defender lo público debería significar también exigir que lo público sea bueno, abierto, vivo. No cualquier universidad pública merece ser defendida. Solo aquella que se anima a transformarse.

Para pensar juntas y juntos “El velorio de lo público”

Simular que la universidad pública murió. Escribir su epitafio colectivo (una frase corta que resuma lo que se pierde). Luego, simular que resucita. Escribir tres cosas que debería cambiar para no volver a morir. La tensión: ¿qué duele más, perder la universidad o reconocer que la que tenemos no es la que soñamos?

“Porque una cosa es la retórica de la educación y otra cosa es que nos decidamos a hacer los sacrificios que implica lanzar un gran esfuerzo educativo y sostenerlo en el tiempo.”

José Mujica

Formar o entrenar: esa falsa disyuntiva

(Cuando la universidad parece
una agencia de empleos)

Hay una frase que se repite como un mantra en los pasillos universitarios: “hay que preparar a los estudiantes para el mundo laboral”. Suena sensata. Casi inocente. Pero es una frase que esconde una operación ideológica profunda: reducir la educación a la empleabilidad. Porque si el único fin de la universidad es preparar para el trabajo, entonces ¿para qué sirve la filosofía? ¿Para qué la historia del arte? ¿Para qué una tesis sobre poesía latinoamericana? El mercado no hace esas preguntas. El mercado solo pregunta: ¿esto sirve? Y “servir” significa, casi siempre, “puede venderse”.

Mujica no es ingenuo. Sabe que la gente necesita trabajar. Pero también sabe que reducir la vida al trabajo es una forma de esclavitud moderna. Por eso dice: “No le des un dato al niño, enséñale a pensar”. Porque los datos cambian, las tecnologías se vuelven obsoletas, los trabajos desaparecen. Pero la capacidad de pensar, de preguntar, de dudar, de imaginar otras formas de hacer las cosas, eso no caduca. Una universidad que solo entrena para el presente está condenando a sus estudiantes a quedar obsoletos antes de jubilarse.

El problema no es que los estudiantes quieran trabajar. El problema es que la universidad ha internalizado la lógica del mercado hasta el punto de avergonzarse de lo que no es “rentable”. ¿Cuántas carreras de humanidades han tenido que justificar su existencia con argumentos económicos (“la creatividad como valor agregado”, “el pensamiento crítico como soft skill”)? Esa defensa es necesaria en un mundo hostil, pero también es una derrota. Porque significa que aceptamos las reglas del juego: todo vale si se puede medir en dinero. Y si no se puede medir, entonces sobra.

Mujica propone otra cosa: “Una canasta de calidad de vida que incluya consumos intelectuales”. No por elegantes, sino por placenteros. Esa frase desplaza el eje: no se trata de estudiar para producir más, sino de estudiar para vivir mejor. Y vivir mejor no es tener más cosas, es tener preguntas, asombro, conversaciones, tiempo para perderse en una biblioteca. El mercado no puede ofrecer eso porque eso no se vende. Solo una universidad que se piense como bien público, no como servicio, puede defender el derecho al conocimiento gratuito, inútil, desinteresado.

Pero no nos engañemos: la universidad también forma para el trabajo. Y está bien que lo haga. El problema es cuando esa función se vuelve la única, cuando el currículum se pliega a las demandas empresariales, cuando la investigación se orienta por lo que financia el sector privado. La disyuntiva “formar o entrenar” es falsa. La verdadera disyuntiva es: ¿la universidad sirve al mercado o el mercado sirve a la sociedad? Mientras no nos animemos a hacer esa pregunta, seguiremos discutiendo pavadas (diría Mujica).

Para pensar juntas y juntos

“La defensa de lo inútil”

Dividir el grupo en dos. Unos deben defender que toda materia universitaria debería tener una aplicación práctica demostrable. Otros deben defender que al menos el 30% de la currícula debería ser “declaradamente inútil” (sin justificación económica posible). Después del debate, votar: ¿qué miedo nos da lo inútil?

“Ahí va a estar toda la información, todos los datos, todo lo que ya se sabe. En otras palabras, van a estar todas las respuestas. Lo que no van a estar son todas las preguntas.”

José Mujica

El miedo académico: por qué la universidad no se anima a cambiar

(De la picazón que no nos rascamos)

Hay un miedo silencioso que recorre las aulas universitarias. No es el miedo a la represión (aunque a veces también). Es un miedo más sutil: miedo a equivocarse en público, a decir una burrada, a que nos marginen, a que la tesis no sea original, a que los pares nos critiquen, a quedar fuera del sistema de acreditación, a que nos digan “eso ya se hizo”. La universidad está llena de gente inteligente con miedo. Y el miedo, se sabe, conserva. El miedo no se arriesga. El miedo repite fórmulas que ya funcionaron. El miedo elige el tema seguro, la metodología conocida, el profesor que aprueba a todos.

Mujica habla de “picazón”. Dice que aprendemos porque tenemos picazón, porque estamos incómodos con no saber. Esa incomodidad es el motor del conocimiento. Pero la universidad institucionaliza todo lo contrario: la comodidad de lo previsible. Sabemos qué temas entran en el final. Sabemos qué quiere escuchar el profesor. Sabemos cuántas páginas tiene que tener la monografía. Sabemos todo. Y ese saberlo todo es la muerte de la picazón. Porque si ya sabés lo que te van a pedir, ¿para qué preguntarte algo nuevo?

El miedo también se expresa en la evaluación. La nota es el dispositivo de control más eficaz que inventó la modernidad educativa. No porque medir sea malo, sino porque la nota produce un efecto disciplinario: los estudiantes hacen lo que saben que será premiado. No arriesgan. No proponen. No se desvían. El sistema de evaluación convierte la aventura del conocimiento en una carrera de obstáculos donde el objetivo es no caerse. ¿Dónde queda el placer de perderse, de explorar, de demorarse en una pregunta que no viene en el programa?

Mujica dice: “Aprendemos porque tenemos picazón”. La pregunta es: ¿cómo recuperar la picazón en un sistema que premia la obediencia? No es fácil. No hay una receta. Pero tal vez el primer paso sea nombrar el miedo. Hablar de él en la clase, en la reunión de cátedra, en la asamblea. Decir: “tengo miedo a proponer esto porque me van a decir que es poco riguroso”. Decir: “no me animo a cambiar la forma de evaluar porque después los estudiantes se quejan”. Nombrar el miedo es el principio de su disolución.

La universidad que no se anima a cambiar no es solo víctima del neoliberalismo. Es también cómplice de sus propias inercias. Por eso la crítica externa no alcanza. Hay que hacer una crítica interna, incómoda, que señale las propias zonas de confort. ¿Cuántas reuniones de cátedra se pasan discutiendo horarios y no contenidos? ¿Cuántos planes de estudio se actualizan agregando materias pero no cambiando la lógica de fondo? El cambio no es un acto voluntario: es una práctica cotidiana de hacerse cargo del propio miedo.

Para pensar juntas y juntos “La bitácora del miedo”

Durante una semana, cada participante anota al menos una situación en la universidad donde sintió miedo (no físico, sino intelectual: miedo a hablar, a preguntar, a proponer). Al final de la semana, se comparten sin dar nombres. Luego se pregunta: ¿qué pasaría si ese miedo no existiera? ¿Quién se beneficia con que tengamos miedo?

“Aprendemos
porque tenemos
picazón y eso se
adquiere por
contagio cultural,
casi cuando abrimos
los ojos al mundo.”

José Mujica

Epidemias de inconformismo

(O por qué quejarse no alcanza)

Quejarse es fácil. Muy fácil. En los pasillos, en los grupos de WhatsApp, en las asambleas, todos sabemos señalar lo que anda mal: el presupuesto, las autoridades, la infraestructura, los programas obsoletos. Y tenemos razón en buena parte de esas quejas. Pero el inconformismo del que habla Mujica es otra cosa. No es señalar lo que está mal afuera. Es preguntarse: ¿qué estoy haciendo yo, aquí, hoy, para que las cosas sean un poco mejores? Esa pregunta incomoda porque nos saca de la posición de víctimas y nos pone en la posición de responsables.

Mujica pide una “epidemia de inconformismo”. Una epidemia no es un acto individual: es un contagio masivo. Significa que el inconformismo no puede ser patrimonio de unos pocos iluminados que señalan el camino. Tiene que volverse aire, ambiente, atmósfera. Tiene que estar en el aula, en el pasillo, en el café, en la forma de estudiar y de enseñar. El inconformismo distribuido es aquel que ya no necesita carteles porque se volvió sentido común: nada está terminado, todo se puede hacer mejor, la perfección es enemiga de la acción.

Pero cuidado: el inconformismo no es el berrinche. No es el “todo está mal” que no propone nada. El inconformismo es exigente: pide prueba. No alcanza con decir “esto no sirve”. Hay que mostrar, aunque sea mínimamente, un camino alternativo. Y eso es más difícil. Porque implica salir de la crítica fácil y meterse en el barro de la construcción colectiva. El inconformista no es el que más grita, es el que más se ensucia las manos.

La universidad tiene una paradoja: se dice crítica pero castiga a los críticos. Un estudiante que cuestiona la forma de evaluar es visto como problemático. Un profesor que propone cambiar el régimen de correlatividades encuentra mil resistencias burocráticas. El sistema está armado para producir conformismo, no inconformismo. Por eso una epidemia de inconformismo no puede venir de las autoridades: tiene que nacer de abajo, de la base, de los que todos los días habitan las aulas y deciden no aceptar la realidad como un destino.

Mujica dice que los intelectuales fueron los encargados de “encender la admirable alarma”. La alarma no es para quejarse. La alarma es para despertar. Porque gran parte de la universidad vive dormida: repite consignas, sigue rutinas, cumple horarios. Despertar es darse cuenta de que lo que hacés todos los días podría ser distinto. Y que depende de vos, no solo de los de arriba. El inconformismo empieza cuando dejás de esperar que alguien más venga a resolver lo que te molesta.

Para pensar juntas y juntos

“El inconformismo en primera persona”

Cada participante escribe una cosa que le molesta de su experiencia universitaria y que podría cambiar con una acción propia (no esperando que otro lo haga). Ejemplos: “podría proponer una modalidad de evaluación diferente a mi profesor”, “podría organizar un grupo de estudio abierto”, “podría llevar un tema nuevo a la reunión de centro”. Luego se comparten y se eligen tres para implementar en los próximos 15 días.

“Por favor, vayan
y contagien. ¡No
perdonen a
nadie!”

José Mujica

Tener tiempo para pensar no es un lujo, es urgencia

(Educación, libertad y la dictadura del reloj)

Mujica tiene una definición de libertad que suena a herejía en tiempos de productividad: “libertad es tener tiempo para hacer lo que te gusta”. No es la libertad abstracta de los derechos humanos ni la libertad negativa de “que no me molesten”. Es una libertad concreta, material, cotidiana: disponer de tu tiempo. Y esa libertad, en la universidad actual, es un bien escasísimo. Porque el tiempo universitario está medido, fraccionado, optimizado. No hay tiempo para divagar, para demorarse, para cambiar de opinión. Hay tiempo para cumplir.

Pensemos en el estudiante promedio. Tiene que cursar, rendir parciales, entregar trabajos prácticos, hacer horas de estudio, viajar dos horas, trabajar media jornada, atender la familia. ¿Dónde queda el tiempo para pensar? No para estudiar (que es otra cosa), sino para pensar: para dejarse llevar por una pregunta, para seguir una curiosidad sin objetivo, para leer algo que no viene en la bibliografía. Ese tiempo no existe. Y cuando no existe, la libertad se vuelve una palabra hueca.

La universidad neoliberal no necesita censores ni militares. Le alcanza con llenar la agenda. Si el estudiante no tiene un minuto libre, nunca va a preguntarse para qué está estudiando. Nunca va a cuestionar el sentido de lo que hace. Nunca va a imaginar otras formas de organización. La dictadura del reloj es más efectiva que cualquier dictadura política. Por eso la defensa de la educación pública pasa también por la defensa del tiempo lento, del tiempo muerto, del tiempo improductivo. Ese tiempo que el mercado considera pérdida y la política considera posibilidad.

Mujica dice: “Consumo lo justo porque defendiendo mi libertad”. La libertad no es tener más cosas, es tener menos ataduras. Aplicado a la universidad: la libertad no es tener más materias, más créditos, más títulos. Es poder elegir qué aprender, con quién, para qué. Es poder decir “esta materia no me interesa” sin que eso signifique quedarte afuera del sistema. Es poder cambiar de carrera sin perder años. Es poder tomarte un tiempo sin que te sancionen. La universidad que no ofrece esa libertad no es pública en serio: es una fábrica de títulos en serie.

Finalmente, la pregunta incómoda: ¿tu universidad te da tiempo o te quita tiempo? Si la respuesta es que te quita tiempo (tiempo para vivir, para amar, para descansar, para pensar), entonces hay algo que está mal de base. No se trata de no estudiar. Se trata de que estudiar no debería ser enemigo de vivir. Mujica lo dice claro: “Vivan la vida al tope”. La universidad debería ser un lugar donde se aprende a vivir, no donde se aprende a sacrificar la vida por un futuro incierto.

Para pensar juntas y juntos “El diario del tiempo robado”

Durante una semana, cada participante anota cuánto tiempo dedicó a actividades universitarias obligatorias (cursar, estudiar para rendir, hacer trámites) y cuánto tiempo dedicó a actividades universitarias libres (conversar con compañeros, leer por placer, asistir a una charla no obligatoria). Al final, se comparan los totales. Discusión: ¿qué porcentaje del tiempo universitario es realmente libre? ¿Puede llamarse “formación” a lo que no deja espacio para la libertad?

“Hay una libertad al alcance de tu mano que es tener tiempo para gastarlo en las cosas que te gustan y que a ti te motivan.”

José Mujica

El placer de aprender: esa rareza contemporánea

(Por qué estudiar no tiene que doler)

Hay un mandato cultural que dice: si duele, es bueno. Si cuesta, sirve. Si aburre, es serio. Ese mandato se instaló en la educación hace siglos, y la universidad lo reprodujo hasta convertirlo en sentido común. Estudiar tiene que ser sacrificado. Leer tiene que ser un esfuerzo. Aprender tiene que implicar sufrimiento. Si disfrutás, seguro estás haciendo algo mal. Esa idea es tan poderosa que ni siquiera la cuestionamos. Pero Mujica la revienta con una frase simple: “Llega un punto donde estudiar ya no es un esfuerzo y es puro disfrute”.

No está diciendo que todo estudio sea fácil. Está diciendo que el esfuerzo inicial puede derivar en un placer profundo, parecido al éxtasis del corredor de fondo. Esa imagen es revolucionaria porque desplaza el eje: no se trata de aguantar el dolor, se trata de llegar al placer. El conocimiento como manjar, como banquete, no como medicina amarga. ¿Cuántas veces escuchaste a alguien decir “disfruto estudiando” sin que lo miren como a un bicho raro? El placer intelectual es sospechoso en una cultura que valora el esfuerzo por el esfuerzo mismo.

¿Qué pasaría si la universidad se organizara en torno al placer de aprender? No al capricho ni a la vagancia. Al placer profundo, el que viene de entender algo que antes no entendías, de conectar ideas que parecían separadas, de dejarte sorprender por un autor, de discutir hasta tarde con un compañero. Ese placer existe, pero es marginal. No está en el programa. No se evalúa. No da créditos. Está en los bordes, en los pasillos, en los encuentros no planificados. La universidad no lo prohíbe, pero tampoco lo fomenta. Es como si le diera vergüenza.

Mujica dice: “Qué bueno sería que estos manjares estuvieran a disposición de mucha gente”. Ahí está la clave: la democratización del conocimiento no es solo que todos puedan acceder a la universidad. Es que todos puedan acceder al placer de aprender. Y eso no es automático. Un estudiante que llega con hambre y sueño, que trabaja ocho horas y viaja dos, no va a experimentar el conocimiento como placer. Por eso la defensa de la educación pública es también la defensa de las condiciones materiales para que el placer sea posible: becas, comedores, residencias, transporte. No es asistencialismo: es la condición de posibilidad del disfrute intelectual.

Finalmente, preguntémosnos: ¿cuándo fue la última vez que disfrutaste estudiando de verdad? Si no recordás, ¿qué dice eso de tu experiencia universitaria? Si recordás, ¿por qué esa experiencia fue excepcional? Tal vez la respuesta sea que el placer no está prohibido, pero tampoco está previsto. La universidad prevé horarios, contenidos, evaluaciones. No prevé el placer. Y eso no es un detalle menor: es la confesión de que, en el fondo, no confiamos en que aprender pueda ser deseado. Seguimos creyendo que hay que obligar, que hay que exigir, que hay que evaluar. El placer no necesita evaluación. Y eso, justamente, es lo que la asusta.

Para pensar juntas y juntos “El recuerdo del placer”

Cada participante comparte una experiencia de aprendizaje placentero (no necesariamente universitario). Puede ser aprender a andar en bicicleta, a cocinar, a tocar un instrumento, a reconocer estrellas. Luego se analiza: ¿qué condiciones tuvo esa experiencia? (¿había presión? ¿había evaluación? ¿había tiempo? ¿había libertad?). Finalmente, se pregunta: ¿se puede trasladar algo de eso a la universidad? ¿Qué lo impide?

“Porque se disfruta, con la misma intensidad con la que se puede disfrutar un plato de tallarines. ¡No hay una lista obligatoria de las cosas que nos hacen felices!”

José Mujica

Cambiar sin transformar: el gran engaño

(Porque poner pantallas no es
revolucionario)

Hay una forma de cambio que es, en realidad, una forma de conservación: el cambio cosmético. Poner una pantalla digital en el aula. Cambiar el nombre de una materia. Agregar una “competencia transversal” al plan de estudios. Crear un nuevo cargo jerárquico. Hacer una jornada de “innovación educativa” con catering y fotos para Instagram. Todo eso parece cambio, pero no transforma nada estructural. Sigue intacta la relación jerárquica entre profesor y estudiante. Sigue intacto el sistema de evaluación. Sigue intacta la lógica de acumulación de créditos. El disfraz es nuevo, pero el cuerpo es el mismo.

Mujica no habla de pantallas. Habla de mirada curiosa, de inconformismo, de inteligencia distribuida. Eso no se compra ni se instala. Eso se construye colectivamente, con paciencia y conflicto. La verdadera transformación universitaria no pasa por la tecnología ni por los discursos gerenciales. Pasa por preguntas incómodas: ¿quién decide qué se estudia? ¿cómo se evalúa? ¿quién puede ser profesor? ¿qué relación hay entre la universidad y el barrio? Mientras no toquemos esas preguntas, cualquier cambio será un maquillaje.

La universidad es experta en crear simulacros de transformación. Aparece una nueva ley de educación superior, un nuevo plan de estudios, una nueva acreditación. Y todos corren a adaptarse, a llenar formularios, a justificar su existencia frente a los evaluadores externos. Pero en el día a día, en el aula, en el vínculo pedagógico, nada cambia. El profesor sigue siendo el que sabe y el estudiante el que no sabe. El saber sigue siendo propiedad individual. El error sigue siendo castigado. La pregunta sigue siendo una interrupción, no un punto de partida.

¿Por qué nos conformamos con cambios cosméticos? Porque son menos costosos afectivamente. Transformar de verdad implica conflictos: con las jerarquías establecidas, con los profesores que hace treinta años dan la misma clase, con los estudiantes que se resisten a asumir responsabilidades, con la burocracia que todo lo regula. El cambio profundo duele. Y duele porque desacomoda. Por eso preferimos cambiar el envase y mantener el contenido. Así podemos decir que somos “innovadores” sin arriesgar nada.

Mujica dice: “Estamos en un cambio de época, no en una época de cambios”. Esa frase es un diagnóstico: lo que estamos viviendo no es una serie de cambios menores, es una mutación profunda del mundo. Y la universidad no puede responder con pequeños ajustes. Necesita una transformación radical. Pero una transformación radical no se decreta desde arriba: se construye desde abajo, con la paciencia de quien sabe que las revoluciones no son instantáneas, pero también con la urgencia de quien sabe que el mundo no espera.

Para pensar juntas y juntos “El maquillaje y el hueso”

Se proponen tres “cambios” que una universidad podría implementar. El grupo debe decidir si cada uno es maquillaje (cambio superficial) o hueso (cambio estructural). Ejemplos: “incorporar aulas virtuales”, “eliminar las notas”, “crear una materia de ofimática”, “que los estudiantes elijan a los profesores”, “poner wifi en todo el edificio”. Luego se discute: ¿por qué cuesta tanto llegar al hueso? ¿A quién protege el maquillaje?

“Universidad para multiplicar el capital o universidad para combatir la pobreza y la miseria [...] ¿A quién sirve la inteligencia?”

José Mujica

La hipocresía universitaria

(O por qué decimos una cosa
y hacemos otra)

La universidad tiene un problema: dice una cosa y hace otra. Adentro se habla de "educación popular", "descolonización", "pensamiento crítico", "inclusión". Afuera, en la práctica cotidiana, se reproduce el mismo orden jerárquico, la misma lógica meritocrática, las mismas exclusiones. Esa distancia entre el discurso y la práctica no es un detalle menor: es la definición de incongruencia institucional. Y lo peor es que ya ni nos sorprende. Nos acostumbramos a que los profesores hablen de horizontalidad mientras deciden todo sin consultar. Nos acostumbramos a que las autoridades hablen de diversidad mientras premian al estudiante que obedece.

Mujica dice: "Lo que digo, no lo digo como hombre sabedor, sino buscando junto con vosotros". Esa frase es un antídoto contra la incongruencia. Porque el que busca no se ubica por encima. El que busca no tiene todas las respuestas. El que busca no usa el discurso para tapar las prácticas. El problema es que la universidad está llena de "hombres sabedores" (y mujeres sabedoras) que hablan desde el poder, no desde la búsqueda. Saben todo sobre inclusión pero no saben el nombre de la persona encargada de limpieza. Saben todo sobre pensamiento crítico, pero no soportan que un estudiante les cuestione la bibliografía.

La incongruencia universitaria se manifiesta en pequeñas y grandes cosas. En lo pequeño: un profesor que exige puntualidad pero llega tarde. Una materia que promete diálogo y termina siendo un monólogo. Un programa que incluye "participación" pero evalúa la repetición. En lo grande: una universidad que se dice pública pero excluye a los que no hablan el idioma académico. Que se dice popular pero investiga sobre el pueblo sin el pueblo. Que se dice transformadora pero reproduce las mismas relaciones de poder que critica afuera.

¿Por qué nos cuesta tanto ser coherentes? Porque la coherencia es incómoda. Exige revisar privilegios. Exige ceder poder. Exige admitir que no somos tan revolucionarios como creemos. Es más cómodo tener un discurso impecable y prácticas ambiguas. Así nos sentimos bien con nosotros mismos sin tener que cambiar nada. El discurso progresista funciona como un autoengaño colectivo: creemos que por decir las palabras correctas ya estamos del lado de la transformación. Pero no. Las palabras sin prácticas son solo ruido.

Mujica pide "honradez intelectual". No pide pureza. Pide no engañarse. Reconocer que hay una distancia entre lo que decimos y lo que hacemos. Y a partir de ahí, empezar a caminar. No se trata de pasar la noche siendo perfectos. Se trata de asumir que la coherencia es un horizonte, no un punto de partida. Y que la universidad que queremos no es la que mejor discurso tiene, sino la que más se anima a confrontar sus propias contradicciones.

Para pensar juntas y juntos

“El espejo de las incongruencias”

Se arman dos columnas. Arriba de una: "Lo que dice la universidad". Arriba de la otra: "Lo que hacemos". Entre todos van llenando ejemplos concretos. Luego se mira el contraste. La consigna: no buscar excusas, solo reconocer distancias. Pregunta final: ¿qué pasaría si la universidad decidiera ser tan coherente como se dice?

"Defender la libertad
es gastar el menos
tiempo posible en
los cacharros
materiales."

José Mujica

La persona no es un expediente

(Por la autonomía y la humanidad
en la educación)

La universidad trata a las personas como expedientes. Tenemos número de legajo, promedio, cantidad de materias aprobadas, créditos acumulados, años de permanencia. Todo se mide, todo se cuantifica, todo se archiva. Pero ¿dónde queda la persona concreta, con su historia, sus miedos, sus deseos, sus preguntas que no entran en el programa? La universidad no sabe qué hacer con eso. Por eso lo ignora. Lo expulsa silenciosamente. El mensaje implícito es: “dejá tus problemas afuera, acá venimos a estudiar”. Como si estudiar fuera una actividad que se pudiera separar del resto de la vida.

Mujica insiste en la “persona humana”. No es una frase hecha. Es un programa político. Significa que cualquier transformación educativa que no ponga en el centro a la persona concreta, con nombre y apellido, está condenada al fracaso. Porque no se educa a promedios, no se educa a legajos, no se educa a expedientes. Se educa a personas que tienen hambre, que tienen sueño, que tienen una abuela enferma, que tienen dudas existenciales, que tienen ganas de mandar todo a la “carajo”. Ignorar eso no es ser más riguroso: es ser más estúpido.

La autonomía universitaria, tan ligada a nuestras tradiciones, no puede ser solo autonomía del Estado o del mercado. Tiene que ser autonomía de las personas que habitan la universidad. ¿Qué significa eso? Que estudiantes y docentes tengan poder real para decidir sobre los contenidos, las metodologías, las evaluaciones, los horarios, las formas de organización. No como una concesión, sino como un derecho. Porque si la universidad no es autogobernada por quienes la viven, entonces es una institución más del capitalismo académico, no un espacio de libertad.

Mujica dice: “Casi todo es negociable, menos la buena fe”. Esa frase aplica a la universidad: podemos discutir todo, menos la honestidad de tratar al otro como persona. Eso significa, por ejemplo, que un profesor no puede tratar a un estudiante como un número. Que un estudiante no puede tratar a un profesor como un obstáculo. Que las autoridades no pueden tratar a la comunidad como un recurso. La buena fe es el reconocimiento de que el otro es una persona, no una función. Y ese reconocimiento es la base de cualquier educación que se pretenda humana.

Finalmente, la provocación: ¿tu universidad te trata como persona o como expediente? Si la respuesta es expediente, ¿qué estás haciendo para cambiarlo? Porque no se puede esperar que las autoridades, solas, humanicen la institución. La humanización es una práctica cotidiana que empieza por cómo nos miramos, cómo nos escuchamos, cómo nos respondemos. No hay transformación universitaria sin transformación de los vínculos. Y los vínculos no los cambian los decretos: los cambiamos nosotros, cada día, en cada encuentro.

Para pensar juntas y juntos

“El expediente imaginario”

Cada participante escribe su “expediente universitario” tal como lo ve la institución (carrera, materias aprobadas, promedio, años). Luego, al dorso, escribe su “expediente humano” (cosas que la universidad no sabe: qué le preocupa, qué le gusta, qué pregunta no encuentra respuesta, qué le duele). Se comparten al dorso, sin mostrar el frente. Discusión: ¿qué expediente es más real? ¿Cuál pesa más en la vida cotidiana? ¿Puede una universidad ignorar el dorso y decir que educa?

“La buena fe es
nuestra única
intransigencia. Casi
todo lo demás es
negociable.”

José Mujica

No hay respuestas, solo caminos

Este documento no termina. No hay conclusiones. No hay decálogo. Solo preguntas y provocaciones. Porque la universidad que queremos no está escrita en ningún papel institucional. Se está escribiendo ahora, en cada incomodidad que no callamos, en cada vez que elegimos pensar antes que repetir, en cada vez que nos animamos a cambiar algo aunque sea chiquito.

Mujica dice: “La historia humana es un gigantesco cementerio de utopías”. No es para llorar. Es para seguir cavando. Porque las utopías no mueren: se entierran para volver a nacer. La universidad pública que soñamos puede estar muerta en muchos sentidos. Pero también puede estar naciendo en algún rincón que todavía no miramos. Depende de nosotros. No de los gobiernos. No de los rectores. No de los mercados. Depende de nuestra capacidad de juntarnos, de preguntar, de no aceptar que las cosas tienen que ser como son.

Si tu universidad no puede ser el lugar donde te animás a cambiar, entonces cambiá el lugar. O cambiá la universidad. Pero no te quedes sentado esperando que alguien más lo haga por vos. La historia no la cambian los “jefes”, dice Mujica. La cambia el colectivo. Eso es la universidad que viene: un colectivo de cabezas inquietas que no piden permiso para pensar.

“La historia humana es un gigantesco cementerio de utopías. [...] No es para lamentarnos o acurrucarnos, es para impelearnos a comprometernos, a intentar cambiarlo.”

José Mujica

Lecturas y video utilizados

Mujica, José. (S.F). Sobre la educación: Discurso de José Mujica, presidente de Uruguay.

<https://nuestramiradaopen.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/05/sobre-la-educacion3b3n.pdf>

Mujica, José. (2014). Discurso del Presidente José Mujica el 10 de setiembre de 2014 en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Porto Alegre, Brasil.
https://medios.presidencia.gub.uy/jm_portal/2014/noticias/NO_O007/discurso.pdf

Mujica, José. (2019). Diálogo con estudiantes sobre juventud, política y transformación social. Encuentro en Universidad Iberoamericana, México.

José Mujica en encuentro con universitarios:
<https://www.youtube.com/watch?v=7BCm5oBWfBw>



¿Qué es el Observatorio de Bienes Comunes: Agua y Tierra?

El Observatorio de Bienes Comunes: Agua y Tierra es un esfuerzo más de articulación entre el Programa Kioscos Socioambientales y el CIEP que tiene como propósito contribuir en la problematización del contexto que nos interpela a todos y todas desde esta perspectiva, a través de la generación de información y espacios de diálogo sobre las dimensiones y relaciones presentes en los conflictos socioambientales relacionados al origen, propiedad y gestión de los bienes comunes.

Pretende a través de monitoreos, campañas, talleres en comunidades, articulación con proyectos similares de acción social e investigación, generar información oportuna y vínculos de articulación para evidenciar el estado de los bienes comunes en Costa Rica, y favorecer una mayor conciencia sobre los desafíos que representa la gestión democrática de estos bienes para nuestra sociedad.

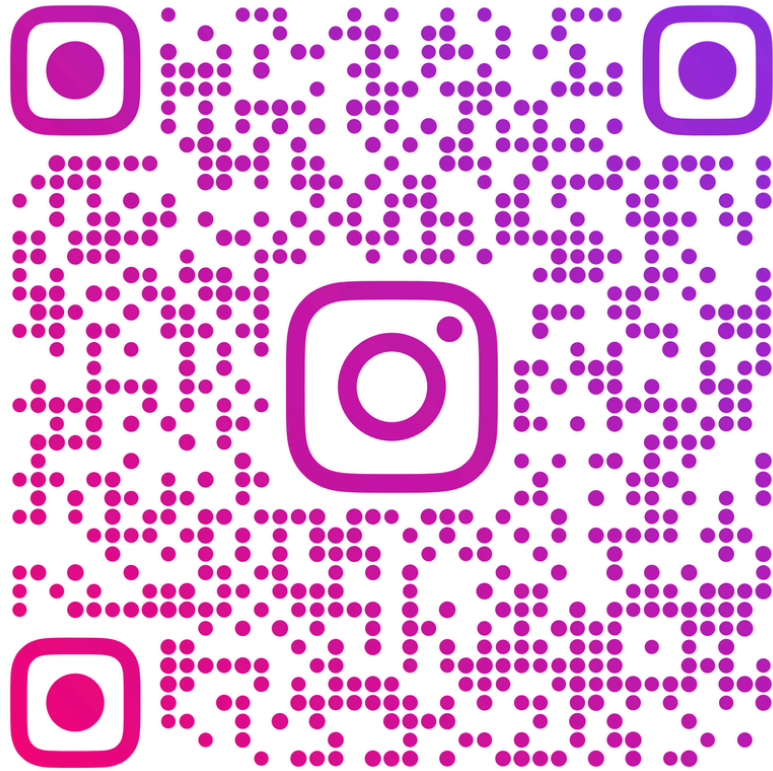
CONTACTO

observatoriobienescomunes@gmail.com

NUESTRO SITIO WEB



SÍGUENOS



OBSERVATORIO DE BIENES COMUNES

